

Violación y muerte social*

Rape and Social Death

DRA. BONNIE MANN**

*Profesora de filosofía. Universidad de Oregón
Oregón, EUA*

ORCID ID: 0000-0002-7458-2299

doi: 10.20318/femeris.2024.8874

Resumen. Una violación que no conlleva violencia física que ponga en riesgo la vida, que es cometida por algún conocido de la víctima y/o que no es denunciada por la víctima (la cual denominaré *violación cotidiana*) incita las siguientes dos preguntas: “¿Por qué la víctima no luchó o huyó?” y “¿Por qué no le contó a alguien más?” Recientemente, estudios sobre la “inmovilidad tónica” basados en depredación animal han presentado una explicación fisiológica de las experiencias de inmovilización que tienen lugar durante la agresión sexual. La yuxtaposición de la depredación animal con la agresión sexual cotidiana genera una pregunta: ¿Cómo es que una respuesta que, en animales, está reservada para escenarios letales y sin salida se presenta en casos de violación en los que la víctima no teme morir y no presenta lesiones físicas extremas? Los estudios sobre inmovilidad tónica en animales no nos ayudan a responder a esta pregunta ni a explicar por qué las mujeres deciden no denunciar cuando son víctimas de una violación. Una exploración filosófica acerca del sentido de la inmovilidad tónica en casos de agresión sexual nos ayuda a justificar la yuxtaposición de escenarios de vida o muerte con casos de violación en los que la vida no está en peligro y nos permite entender las razones por las que las mujeres guardan silencio tras una agresión sexual. La violación es acompañada por sentidos históricos profundos que pueden ser encapsulados en la noción de “muerte social”, la cual en los Estados Unidos está asociada con la conquista colonial, la esclavitud y el empobrecimiento. El espectro de la muerte social asedia la violación cotidiana y produce respuestas de vida o muerte.

Palabras clave: violación, muerte social, inmovilidad tónica, respuesta de congelamiento, violencia sexual, sentido.

* Este artículo apareció publicado en inglés como Mann, Bonnie. (2023). Rape and social death. *Feminist Theory*, 24(3), 377-397. <https://doi.org/10.1177/14647001211012940>.

La presente traducción, realizada por Gonzalo Bustamante Moya (gonzalob@uoregon.edu), fue posible gracias a la cesión de los derechos de traducción y distribución por parte de SAGE Publications. La autora y el traductor desean expresar su agradecimiento al Oregon Humanities Center (OHC) y al Colegio de Artes y Ciencias (CAS) de la Universidad de Oregón por su apoyo para la obtención de los derechos de traducción y distribución. Además, el traductor desea expresar su agradecimiento a la Dra. Ana-Maurine Lara, Martha Benson, Polet Campos-Melchor, Moe Gámez, Sarah Lam, Kasey Lynch, Mariana Rivera, Taylah Shannon y James Smith por sus invaluable contribuciones a la presente traducción.

** bmann@uoregon.edu

Abstract. Rape that does not involve life-threatening physical violence, is committed by someone known to the victim, and is not reported to law enforcement (called, here, commonplace rape) raises two questions: “Why didn’t she fight back or run away?” and “Why didn’t she say anything at the time?” Recently, research on “tonic immobility,” based on animal predation studies, has provided a physiological explanation for experiences of immobilization during sexual assault. The juxtaposition of animal predation with commonplace sexual assault raises the question: How is it that a response reserved, in animals, for lethal, no-way-out scenarios is present in modes of violation where the victim does not report fear of death or extreme physical harm? Neither does this research help explain why women fail to report. This philosophical exploration of the meaning of tonic immobility in sexual assault helps to justify the juxtaposition of life-or-death scenarios with less-than-life-threatening violation, and sheds light on the reason for women’s silence after sexual assault. Rape is accompanied by deep historical meanings that can be encapsulated in the notion of “social death,” associated in the U.S. with colonial conquest, enslavement, and impoverishment. The specter of social death haunts commonplace rape, producing life or death responses.

Keywords: rape, social death, tonic immobility, freeze response, sexual violence, meaning.

Preludio

Una fría mañana, al amanecer, salí de mi casa y, atravesando el campo contiguo, me dirigí a nuestro gallinero. Incluso antes de abrir la puerta al área cercada donde pasa la noche nuestra parvada de patos, podía sentir que algo estaba mal. Media hora antes nuestro perro comenzó a ladrar y corrió rápidamente hacia el gallinero, pero en ese momento no le di mucha importancia. Sentí que algo andaba mal hasta que noté el silencio.

Los patos son criaturas exuberantes. Es común que sus estruendosos graznidos se detonen tan pronto me escuchan salir de la casa, la cual se encuentra a unas cincuenta yardas del gallinero. Conforme me acerco, los graznidos aumentan y generalmente los patos se lanzan en contra de la cerca metálica, anticipando que los dejaré salir por lo que resta del día. Cuando abro la puerta, comúnmente me encuentro con una vigorosa oleada de alas. A pesar de que hay muchas razones por las cuales es provechoso tener patos en una granja, lo cierto es que su singular entusiasmo es lo que me hace agradecer que vivo cerca de ellos.

Esa mañana no hubo graznidos y ningún pato me esperaba ansioso por salir. “Ey, ¿dónde están mis patos?”, dije al abrir la puerta. Vi a algunos patos parados, tambaleándose de un lado para otro, en la oscuridad. “Y a ustedes, ¿qué les pasa?”, pregunté mientras preparaba su comedero. “¿Están enfermos?” Fue entonces cuando miré con más atención y noté que todos los patos estaban parados en una hilera con los ojos cerrados. Miré a su alrededor. “¿Qué pasó? ¿Los envenenaron?”

Fue entonces cuando vi a dos patos muertos, colocados en una posición extraña. Sus cuerpos yacían perfectamente paralelos, uno al lado del otro, como si hubieran sido dispuestos así por un médico forense. Lo más raro de todo es que las cabezas de los patos muertos estaban debajo del muro del gallinero que bordea la cerca metálica. Después de algunos minutos en los que me preguntaba qué había sucedido y miraba tanto a los patos

muerdos como a los que estaban congelados, me di cuenta de que un depredador había entrado por un túnel que había cavado debajo del gallinero y que había intentado arrastrar a los patos muertos tirando de sus cabezas antes de huir.

Una comadreja.

En ese momento entendí que mi perro había interrumpido el ataque. Las comadrejas son reconocidas por asesinar a parvadas enteras, yendo de ave en ave hasta acabar con todas, para después arrastrar sus cuerpos y almacenarlos para su consumo posterior.

Ahí estaban mis patos, inmobilizados, como si estuvieran esperando a que la comadreja regresara para terminar con ellos. En este caso, no hubo necesidad de entrar rápidamente para tratar de retener a cada uno entre una salvaje ráfaga de alas y ruido; simplemente tuve que agacharme y tomarlos del lugar donde se encontraban. Cada pato tenía una sola mordida detrás de la cabeza o el cuello. Estas criaturas vagamente vivientes no ofrecieron resistencia alguna cuando las cargué, de dos en dos, hasta la casa.

Encerré a los patos en el garaje y les coloqué comida y agua, esperando que en unas horas murieran a causa sus heridas o se recuperaran del estado atónico en el que se encontraban. Muy pronto me di cuenta de que estaba equivocada. Los patos no comieron ni bebieron nada. No se movieron ni hicieron ruido alguno. Al darme cuenta de que sus cuellos estaban inflamados por la heridas, les puse alimento en una pequeña plataforma para que no tuvieran que agacharse y les llené la cubeta de agua hasta el borde para que sólo tuvieran que sumergir sus picos para beber. Sin embargo, permanecieron inmóviles, hora tras hora, como si no encontraran la manera de regresar del otro lado de la línea que separa a la vida de la muerte.

Cuando el macho murió dos días después, me di cuenta de que la causa de su muerte fue la deshidratación y no las heridas ocasionadas por la comadreja. Las heridas eran serias pero no eran heridas *mortales*. Comencé a sacar individualmente a cada pato dos veces al día para darles agua y electrolitos con una jeringa y para alimentarlos directamente con una cuchara. Los bañé diariamente para ver si esa actividad tan necesaria y feliz para los patos les devolvía la vida. Lentamente comenzaron a cruzar la línea de vuelta a la vida y a mostrar algo de interés en el agua, el alimento, los sonidos y el movimiento; sin embargo, tomó meses para que regresaran a sí mismos.

La única conclusión a la que pude llegar es que, tras sobrevivir a un trauma por estar tan cerca de la muerte, mis patos habían sido empujados a cruzar esa línea vital (¿psicológica-espiritualmente?). Regresar fue difícil. Tomó tiempo y necesitó del cuidado de otra criatura.

1. Introducción

Cuando una violación recibe atención pública hay dos preguntas que surgen incesantemente, especialmente cuando la agresión no conlleva violencia física que ponga en riesgo la vida, cuando es cometida por algún conocido de la víctima y/o cuando la víctima no la denuncia, es decir, cuando la agresión sexual es del tipo más común. Llamaré a esto

*agresión sexual cotidiana*¹ [*commonplace sexual assault*]². La primera pregunta que surge en estos casos es: “¿Por qué no luchaste o huiste?” La segunda pregunta es: “¿Por qué no le contaste a alguien más?” (véase: Dewan, 2018). Por más genuinas que sean para el indagador, estas preguntas detonan un ambiente de sospecha alrededor de la víctima y de su historia. Más grave aún, especialmente cuando la persona “se congela” durante la agresión sexual, las preguntas se alimentan de la vergüenza que ya invade a la víctima. En otras palabras, estas preguntas son exactamente las mismas preguntas que la víctima se hace a sí misma en actos de autocondena psicológica. Diversos estudios han mostrado que las mujeres que reportan haberse “congelado” durante la agresión sexual son más propensas a culparse y reprocharse a sí mismas después de la agresión (Marx et al., 2008, p. 83), son más propensas a ser repudiadas por otros y son más propensas a sufrir de trastorno de estrés postraumático (TEPT) u otras formas de sufrimiento psicológico después de la violación (Marx et al., 2008, pp. 83-84).

El propósito de este artículo es proporcionar un marco interpretativo que permita comprender la “respuesta de congelamiento” [*freeze response*]³ durante una agresión sexual, así como el silencio de las mujeres tras dicha agresión. Espero que este marco sea capaz de remediar algunos de los daños asociados con la violación cotidiana. Sugeriré que las dos preguntas, “¿Por qué no luchaste o huiste?” y “¿Por qué no le contaste a alguien más?”, tienen una respuesta común, la cual puede encontrarse en la profunda conexión histórica que existe entre la violación y la muerte social.

Algunos estudios recientes que han permitido entender la fisiología de la respuesta de congelamiento –denominada técnicamente como inmovilidad tónica (IT)⁴– no lo gran, como sugiero a continuación, satisfacer la necesidad que tienen las sobrevivientes de darle sentido [*meaning*]⁵ a dicho suceso. Estos estudios nos informan que la respuesta

¹ En este artículo, considero de manera casi exclusiva la violación de mujeres por parte de hombres, la cual es la forma dominante de violación en nuestra sociedad. Mientras que los sentidos [*meanings*] que aquí discuto pueden aplicar tanto a mujeres cisgénero como a mujeres trans, indudablemente hay otros sentidos operando en los niveles epidémicos de violencia sexual en contra de mujeres trans que no son tematizados en el presente texto. Tampoco discuto las violaciones de hombres o de menores de edad, aunque creo que algunos de los sentidos discutidos aquí están íntimamente relacionados a los sentidos que operan en dichos casos. [Para una justificación de la traducción de *meaning* como “sentido”, véase la nota 5 más adelante. (N. del T.)]

² Tanto el concepto en inglés (*commonplace sexual assault*) como la traducción al español (“agresión sexual cotidiana”, la cual también puede traducirse como “agresión sexual común y corriente”) son imperfectos ya que –aunque buscan elucidar la violencia sexual ordinaria que carece de los niveles de violencia física, del riesgo letal o de la excepcionalidad que están presentes en otros tipos de violencia sexual con los que está relacionada– en algunos contextos las agresiones sexuales cotidianas se caracterizan precisamente por la espectacularización, banalización y naturalización de una violencia desmedida y una crueldad excesiva. Tal es el caso de la violencia sexual en países con altísimos índices de feminicidios como México o Brasil. Sobre este tema, véase Segato (2016). [N. del T.]

³ La literatura científica en el ámbito de la psicología en español ha traducido *freeze response* como “respuesta de congelación” y como “respuesta de congelamiento”. Véase, por ejemplo, Polanco y Vargas-Irwin (2011). A lo largo del presente texto, utilizaré la segunda traducción. [N. del T.]

⁴ El término “congelamiento” coloquialmente incluye tanto lo que los científicos que estudian el comportamiento animal llaman “respuesta de congelamiento” como a lo que denominan “inmovilidad tónica,” los cuales están estrictamente diferenciados en la literatura científica (véase más adelante). Aquí lo estoy usando en sentido coloquial, aunque posteriormente le daré un uso más específico.

⁵ A lo largo del presente texto, traduzco *meaning* como “sentido” (y no como “significado” u otras variaciones) con el fin de enfatizar que la autora parte de la tradición fenomenológico-existencialista y que, de manera particular, sigue el método feminista-fenomenológico de Simone de Beauvoir. Para una articulación más detallada de dicho método, véase Mann (2014) y Mann (2018b). [N. del T.]

es fisiológica e involuntaria y que es causada por la percepción de una amenaza mortal bajo condiciones que se perciben como un aprisionamiento (Marx et al., 2008, p. 74). Sin embargo, lo anterior no puede explicar la naturaleza o el sentido de dicho miedo y las percepciones que le acompañan.

Para ello, tenemos que comprender que estas respuestas fisiológicas están insertas en sentidos históricos y culturales asociados a la violación que están profundamente sedimentados y que pueden ser encapsulados en la noción de “muerte social”. Considerando lo anterior, abordaré y desarrollaré algunas ideas feministas acerca de la violación y la muerte social, expandiéndolas considerablemente. Argumentaré que el sentido de la violación en tanto muerte social aparece como una *conciencia vivida y afectiva* que se activa, en gran parte, a nivel prerreflexivo. La experiencia de un miedo de vida o muerte en una situación no letal es tan confusa y desestabilizante precisamente porque opera debajo del nivel de creencias o pensamientos conscientes.

Debido a que el sentido social de la violación causa tal respuesta, dicho sentido también causa estragos en lo que los fenomenólogos llaman el *tiempo vivido*. La temporalidad del trauma ha recibido mucha atención y los teóricos del trauma han afirmado que “las personas que se ven afectadas pierden el sentido del tiempo y se ven atrapadas en el momento, sin sentido del pasado, el presente o el futuro” (Van der Kolk, 2014, p. 69). Sin embargo, siguiendo el trabajo de ciertos teóricos del trauma que son indígenas estadounidenses, yo voy más allá de esta idea con el fin de tematizar el rol de los sentidos históricos profundos en la interrupción de la vida temporal durante y después del trauma –un tema que no ha sido elaborado por la teoría canónica del trauma–. Una formulación detallada y matizada de la interrupción temporal que está al centro de la experiencia traumática asociada con la violación nos permite contextualizar y develar el sentido del miedo que da lugar a las respuestas psicológicas que inmovilizan a las víctimas durante la agresión, además de que nos ayude a explicar el silencio posterior de las víctimas.

2. Congelamiento

El congelamiento es una respuesta basada en el cerebro para detectar peligro, especialmente el ataque de un depredador [...]. El congelamiento ocurre cuando la amígdala –una estructura crucial en el circuito cerebral asociado al miedo– detecta un ataque y da la señal al tronco encefálico para que inhiba el movimiento. Esto sucede en un instante, automáticamente y está más allá del control consciente (Hopper, 2015).

Diversos estudios empíricos recientes afirman haber logrado avances significativos para ofrecer una respuesta a la primera pregunta que surge después de que se revela públicamente una violación: “¿Por qué la víctima no peleó o huyó?” Investigadores especializados en conducta animal han estudiado por muchos años la “inmovilidad tónica” como parte de las reacciones huida-lucha-congelamiento que los animales exhiben durante ataques por parte de depredadores. Mientras que en el lenguaje coloquial el “congelamiento” no está diferenciado de la inmovilidad tónica (IT), en la literatura científica éstos son dos

fenómenos distintos, siendo ambos parte de lo que se llama “cascada defensiva”. La “cascada defensiva” denomina las etapas de autoprotección por las que un animal pasa a lo largo de un ataque de vida o muerte. Para el científico, el “congelamiento” es algo que ocurre en el primer momento de peligro y prepara al animal para luchar o huir⁶. Por otro lado, la inmovilidad tónica ocurre al final de la “cascada defensiva” cuando las posibilidades de escape o autodefensa se perciben como clausuradas y la muerte parece inminente (Marx et al., 2008). Estos estudios “han resultado en la aceptación generalizada de [...] la hipótesis del miedo”, tal y como reportan Marx et al., la cual “estipula que el miedo por parte de la víctima es una condición precedente integral” a la IT (2008, p. 77). Entre más intenso sea el miedo, más probable es que ocurra la IT cuando (y solamente cuando) es acompañada por la percepción de constricción o aprisionamiento (2008, p. 78).

Estas investigaciones han sido utilizadas para explicar las experiencias de inmovilización reportadas por víctimas de violación (Marx et al., 2008; Möller et al., 2017). Dichas discusiones acerca de las respuestas de “congelamiento” incluso han llegado a formar parte de los reportajes de violencia sexual en los medios de comunicación. Remitiendo directamente a los estudios animales, el subtítulo de uno de los artículos, escrito por el terapeuta especializado en trauma Devon MacDermott (2018), afirma que “la neurobiología explica por qué muchas mujeres no pueden simplemente “decirle [a su agresor] que se detenga””. Es evidente que los investigadores están tratando de ofrecerle a las mujeres que han experimentado inmovilización involuntaria durante una violación sexual, así como a las personas que las rodean, una manera de dar cuenta del sentido de dicha respuesta.

Ciertamente que hay instancias en las que comparar un evento predatorio de vida o muerte con una violación es absolutamente apropiado; por ejemplo, en casos en donde la agresión se distingue por el uso de violencia física letal o donde la amenaza de dicha violencia está presente bajo condiciones de aprisionamiento o confinamiento, así como en el caso extremo de homicidio por violación (o intentos de homicidio por violación)⁷. Sin embargo, sabemos que las formas más comunes de violación conllevan modalidades menos severas, o mucho menos severas, de coerción, incapacitación y manipulación.

La naturaleza y la frecuencia de la violación cotidiana recientemente inspiraron a Germaine Greer (2018, p. 28) a proponer que las sanciones legales por cometer un acto de violación se reduzcan considerablemente y que el testimonio de una mujer sea suficiente

⁶ La mezcla de la inmovilidad tónica con la respuesta de congelamiento bajo el nombre de “congelamiento” en el lenguaje coloquial puede confundir, puesto que la respuesta de congelamiento generalmente se detona en el primer momento de peligro y puede ser experimentada por humanos en situaciones que no necesariamente presenten un riesgo mortal. Esta respuesta puede ocurrir cuando se experimenta un peligro relativamente menor; por ejemplo, cuando un extraño te grita en la calle o cuando un vecino te hace un comentario agresivo. También puede experimentarse al inicio de una agresión sexual o de un caso de acoso sexual. Otro ejemplo es cuando una ardilla se congela por un instante cuando ve venir un auto, pero después rápidamente corre para ponerse a salvo. Esto es distinto de la inmovilidad tónica que es reportada por muchas de las víctimas de violación o agresión sexual, la cual es experimentada por humanos de manera menos frecuente y generalmente se asocia con eventos traumáticos extremos (por ejemplo, el estar atrapada en un auto tras un accidente).

⁷ Para un recuento filosófico brillante sobre un intento de homicidio por violación, véase *Aftermath: Violence and the Remaking of the Self* de Susan Brison (2003), así como su artículo “Why I Spoke About One Rape but Stayed Silent About Another” (Brison, 2014), en donde Brison compara la violación sexual cotidiana con el intento de homicidio por violación. Cathy Winkler (1991) describe y analiza su experiencia casi letal de violación en el artículo “Rape as Social Murder.”

para condenar al violador. Aunque el tono carente de seriedad por parte de Greer me parece inapropiado, su afirmación de que “la violación no es un evento raro o catastrófico ni un acto extraordinario llevado a cabo por monstruos, puesto que tanto la violación banal como la bestial son parte del tejido de la vida cotidiana” (2018, p. 3) me parece acertado cuando consideramos la violación cotidiana. Greer (2018, p. 57) sugiere que el trauma psicológico derivado de dicha “violación banal” en mayor medida es el resultado de secuelas (especialmente del trauma tras denunciar) y no de la violación en sí misma. Sin embargo, y en aparente contradicción con lo anterior, Greer cita un “asombroso estudio sueco” que “reporta qué tan normal es que las víctimas de abuso sexual experimenten una parálisis temporal que las inhibe de luchar o gritar” (2018, p. 42). Según el estudio, “el setenta por ciento de las mujeres dicen haber experimentado “inmovilidad tónica” o parálisis involuntaria durante el ataque” (Greer, 2018, p. 42). Greer no intenta explicar cómo es que el supuesto evento “banal” produciría un efecto psicológico de tal magnitud, el cual cortocircuita las capacidades subjetivas de la víctima. Otros investigadores también han confirmado la experiencia de la inmovilidad tónica en la violación cotidiana (Möller et al., 2017).

Los estudios sobre inmovilidad tónica en animales explican cómo es que esto ocurre a nivel fisiológico, pero son incapaces de dar un recuento de lo sucedido que satisfaga nuestra necesidad de darle sentido. ¿Qué explicación permitiría a la víctima de una violación cotidiana relacionar su propia experiencia a las respuestas de un animal atacado por un depredador que intenta matarlo y comérselo? ¿Qué podría explicar la *similitud fisiológica* de estas respuestas dada la *disimilitud* de las situaciones? Como sugiere la neurocientífica Karin Roelofs, “a pesar de la potencial relevancia del congelamiento en relación a los mecanismos humanos para lidiar con el estrés, su fenomenología y sus bases neurobiológicas no han sido cabalmente exploradas” (2017: p. 6). Del mismo modo, Marx et al. apelan al “desarrollo de un marco explicativo para la IT humana” (2008, p. 85). Al comparar a los animales con los humanos, ellos sugieren que no podemos simplemente aplicar el mismo marco para entender ambos. “Por ejemplo, a pesar de que el miedo es una respuesta emocional primitiva, que un organismo experimente miedo –y, más importante aún, cómo responde a él– puede depender de la percepción del sentido o el significado de la situación” (Marx et al., 2008, pp. 81-82). Los autores sospechan que “las capacidades verbales-cognitivas avanzadas pueden ampliar los efectos de diversos contextos y [los] estímulos para ocasionar e influenciar la percepción de restricción e inescapabilidad” (Marx et al., 2008, p. 82). Tras notar que las *percepciones* que detonan el miedo mortal y una sensación de aprisionamiento están “sumamente influidas por redes de memoria preexistentes” (Marx et al., 2008, p. 82), los investigadores proponen una investigación como la que estoy llevando a cabo en este artículo.

Por otra parte, este nuevo estudio no nos ayuda a responder a la segunda pregunta: “¿Por qué es común que las mujeres permanezcan en silencio acerca de una violación por tanto tiempo?” Sin embargo, una examinación cuidadosa revela la relación entre ambas preguntas. Si “el sentido y el significado de la situación” pueden develarse mediante un recuento histórico de la conexión entre violación y muerte social, tal y como propongo en el presente texto, entonces ambas preguntas tendrán la misma respuesta. Si el miedo a la

muerte social es tan intenso como para suscitar una respuesta fisiológica de vida o muerte, también puede explicar el silencio de décadas al que se someten las víctimas.

3. Una violación cotidiana

He pasado una gran parte de mi vida pensando y enseñando sobre temas de violencia sexual y, durante mi juventud, pasé años defendiendo a mujeres que habían sido víctimas de violencia sexual en manos de su pareja íntima o de otra persona. Sin embargo, es debido a mi experiencia como víctima de una violación cotidiana que comencé a cuestionar la equivalencia entre este tipo de violaciones y la depredación animal.

En una columna de opinión en *The New York Times* publicada en 2018, durante las audiencias para la confirmación de Brett Kavanaugh como juez asociado de la Corte Suprema de los Estados Unidos, conté por primera vez de manera pública la siguiente historia:

Fui violada grupalmente [*gang raped*] por el novio de mi hermana y sus amigos en la que se suponía era una fiesta universitaria. Tenía 19 años y cursaba el segundo año de mi licenciatura. Ellos estaban en sus treintas y eran estudiantes de posgrado en otra institución. El novio de mi hermana, a quien yo consideraba un amigo de confianza, y sus compañeros de cuarto nos invitaron a su casa. Al llegar, inmediatamente nos obligaron a tomar tequila (“apúrense”, “tomen más”, nos decían). Tenía muy poca experiencia consumiendo alcohol, por lo que desconocía lo rápido que quedaría incapacitada.

Cuando estábamos lo suficientemente ebrias, a mi hermana la llevaron a dormir. Aún recuerdo la imagen de su partida, así como el miedo que me atravesó como un cuchillo. A partir de ese momento, mis memorias son irregulares y discontinuas. A pesar de que puedo enfocarlas nítidamente, estas memorias en su mayoría son como fotografías inmóviles. Tengo un breve video enterrado en mi cerebro de algunos momentos, aunque estas memorias también están acompañadas de períodos de oscuridad. No sé todo lo que me pasó esa noche, pero sé lo suficiente...

El sol apenas estaba saliendo cuando saqué a mi hermana de la cama de su novio y le insistí que nos fuéramos inmediatamente. Nos dirigimos a una parada de autobús. Mi hermana era mi mejor amiga, pero no le dije ni una sola palabra sobre mi violación durante nuestro trayecto, ni cuando llegamos a casa, ni durante muchos años después del suceso. No le dije nada a ella ni a nadie más. ¿Por qué? Porque la vergüenza era una cosa viva, agresiva, voluntariosa y enorme que había sido liberada dentro de mi cuerpo. En los días y meses posteriores, libré una batalla interna para contenerla. Esta batalla era tan visceralmente urgente, tan *física* en su inmediatez, que denunciar la violación a la policía ni siquiera se me ocurrió.

Nunca olvidé lo que esos hombres me hicieron, pero recliné las memorias del suceso dentro de una caja que cerré con llave. “Esto no tendrá importancia”, me juré a mí misma una y otra vez. Mi vida *no* se descarrilaría. El silencio me otorgó esa victoria. Si hubiera tenido que lidiar con la misoginia, con la indignada y agresiva simpatía en favor de los hombres que se detona cuando las mujeres revelan una agresión sexual en un mundo epistémicamente hostil –estaba consciente de esto aun a mis 19 años– la vergüenza sólo hubiera crecido y aumentado. Me hubiera destruido (Mann, 2018c).

¿Tenía miedo de que me asesinaran? La posibilidad ni siquiera cruzó mi mente. ¿Me “congelé” durante esos momentos de consciencia y, sobre todo, posteriormente cuando los efectos del alcohol se diluyeron y recuperé la consciencia? Sí.

Años después, cuando un instructor de artes marciales me dijo que “el miedo, definido fisiológicamente, es una respiración restringida”, recordé lo que se sentía estar atrapada en mi cuerpo, lo que se sentía *ser prisionera de mi propio cuerpo*. Recordé el momento en el que abandoné mi estado de inmovilidad. Mi cuerpo, y en especial su aparato vocal⁸, se había vuelto pesado e inerte –mis capacidades subjetivas no podían expresarse en mi ser físico–. Fue necesario un esfuerzo inmenso y desesperado para que mi voz/respiración saliera de mi cuerpo, que en ese momento era como una roca. El frenético y potente “¡NO!” que explotó dentro de mí, que fue empujado con extrema presión a través de un pequeño agujero, sonó como el susurro de una niña pequeña cuando salió de mi boca. Era la voz de una extraña que yo no reconocía. Ese ligero “no” detuvo la violación. Cuando mi cuerpo que había estado tiezo como roca volvió a ser carne, la vergüenza y el horror, que son las secuelas afectivas más comunes de la violación sexual, lo invadieron por completo.

Durante treinta y cinco años permanecí en un silencio casi absoluto.

Silencio. Miedo. Vergüenza. ¿Cuál es su relación? *La vergüenza es lo que me daba miedo*. Aun antes de que yo pudiera concebir lo que acababa de sucederme, la vergüenza era monstruosa⁹. Seguí con mi vida como si todo fuese normal, mientras que la batalla interna era tan visceralmente urgente, tan física en su inmediatez. Sentí con la certeza de una impresión cataléptica que era una batalla por el sentido de mi existencia.

El silencio no era una debilidad. Era una expresión de determinación. Era la única arma que tenía para hacer frente a la humillación. Era una manera de *abatir el sentido social de la violación*. La fuerza de ese sentido era avasallador. Luché contra él en un acto de inmensa voluntad. Salí victoriosa.

El miedo era fundamental para la violación y sus secuelas. Sin embargo, yo no tenía miedo de morir literalmente. Yo tenía miedo de la aniquilación del sentido de mi vida tal y como yo la concebía y vindicaba. Al escribir estas palabras casi cuatro décadas después, la vergüenza reaparece y amenaza con volver a la vida; su intención de dominar el sentido de todo permanece latente. Hoy, yo vuelvo a decir “NO” una vez más.

4. Aniquilación

¿Para qué sufrir una aniquilación si dicho suceso no tendrá importancia alguna?

Dra. CHRISTINE BLASEY FORD, citada en *North*, 2018

En septiembre de 2018, Christine Blasey Ford, una investigadora y profesora de psicología, testificó ante el Comité Judicial del senado estadounidense y millones de televiden-

⁸ Marx et al. explican que “la supresión de la conducta vocal” (2008, p. 75) es característica de la inmovilidad tónica.

⁹ Para una discusión mucho más detallada del rol de la vergüenza en la formación de la identidad femenina, véase mi artículo “Femininity, Shame, and Redemption” (Mann, 2018a).

tes que Brett Kavanaugh, nominado para ser juez asociado en la Corte Suprema de Estados Unidos, había abusado sexualmente de ella en una reunión de estudiantes de preparatoria hace más de tres décadas. Sus palabras fueron catalogadas como “el testimonio más fascinante e importante de los últimos años en el congreso estadounidense” (Scott, 2018), a pesar de que Kavanaugh fue confirmado unos días después por el senado en una votación de 50 contra 48. Después de que el presidente Donald J. Trump sugiriera que si la agresión hubiera sido “tan terrible como ella la describe” entonces Blasey Ford o sus padres lo hubieran denunciado a la policía en ese momento, surgió un nuevo *hashtag* para acompañar al movimiento *#MeToo: #WhyIDidn'tReport* [*#PorQuéNoDenuncié*] (Gajanan, 2018).

En el caso de Blasey Ford, la segunda pregunta –“¿Por qué no huyó o luchó?”– fue respondida anticipadamente cuando, durante su testimonio, ella afirmó que Kavanaugh la inmovilizó en la cama mientras estaba sobre ella. En cuanto fue capaz de hacerlo, ella *sí* huyó. Blasey Ford también dijo haber temido que Kavanaugh la sofocara accidentalmente, puesto que él tenía una mano sobre su boca para evitar que gritara. En este caso, el miedo a morir que experimentó Blasey Ford va más allá de lo que es típico en una violación cotidiana –a pesar de que el contexto, la presencia de alcohol, el hecho de que Blasey Ford y Kavanaugh se conocieran y la complicidad del amigo de Kavanaugh en la violación sí fueran elementos típicos de una violación cotidiana–.

En una entrevista para *The Washington Post*, más de treinta años después, Blasey Ford explicó por qué se había resistido a hablar públicamente de la situación a menos de que su testimonio influenciara el resultado de la votación para confirmar a Kavanaugh: “¿Para qué sufrir una aniquilación si dicho suceso no tendrá importancia alguna?” (Sweetland Edwards, 2018). Blasey Ford estaba preocupada del impacto que su testimonio tendría para su familia, así como de la pérdida de privacidad y de la posibilidad de ser agredida físicamente que su acción implicaría (Astor, 2018)¹⁰. Sin embargo, previendo lo anterior, ella sugirió que estas dimensiones concretas de aniquilación podrían sobrellevarse si su testimonio tuviera *importancia*. Esto implica que el miedo a la aniquilación contiene otro sentido y que éste persiste por mucho tiempo, incluso décadas después de que ha tenido lugar una violación.

Si la aniquilación *importara* (si estuviera al servicio de un propósito mayor), no sería una aniquilación en el sentido más profundo. Cuando una persona enfrenta una interrupción de la vida que había deseado para sí misma, aún cuando la muerte física es posible, usualmente encuentra consuelo en la posibilidad de darle sentido a dicho suceso. Una persona incluso puede enfrentarse a la muerte literal si considera que dicha acción es importante, que *tiene sentido*. Si esta aniquilación no tuviera importancia, entonces sería una aniquilación doble –en el caso de Blasey Ford, tanto la aniquilación de su mundo social, el bienestar físico y emocional de su familia y de ella misma, como la aniquilación del *sentido*

¹⁰ En este caso particular, debido al inmenso poder de los hombres que desafió (Kavanaugh, Trump, los senadores del partido republicano) y a las amenazas explícitas de muerte que recibió, no estoy sugiriendo que el miedo a la muerte física no haya sido un factor relevante en el testimonio de Blasey Ford. Sin embargo, es evidente que la referencia a una “aniquilación” puede entenderse perfectamente en este caso aún cuando no existiera miedo alguno de sufrir una agresión física grave o de morir.

de su acción-. Su existencia misma, al estar imbricada con la capacidad de actuar, podría carecer de todo sentido.

A pesar de que raramente ha sido utilizado en relación con el trauma por violación, hay un término para referirse a este tipo de aniquilación. Dicho término es “muerte social”. Este término no sólo puede ayudarnos a explicar de manera más significativa la respuesta fisiológica de vida o muerte que se experimenta en situaciones no letales, sino que también puede explicar por qué el silencio después de una violación puede durar toda la vida. Quiero sugerir que la posibilidad de sufrir la muerte social, en una vida humana, es tan severa que puede dar cuenta de las respuestas fisiológicas que se asocian con una muerte física inminente. Además, el miedo a la muerte social persiste más allá de la agresión, produce el silencio de las mujeres y comúnmente dura toda la vida.

5. Legados vivientes

La violación es la experiencia de muerte social.
WINKLER, 1991, p. 14

Hay tres referencias a la muerte social en la literatura feminista sobre la violación de las que estoy enterada, a pesar de que la conexión no siempre es explícita ni está cabalmente desarrollada. Dicha conexión sí es explícita en la obra de la antropóloga Cathy Winkler, quien se describe a sí misma como una “víctima-investigadora” del sentido de la violación. Ella afirma que “la violación es la experiencia de muerte social” (Winkler, 1991, p. 14) pero no ofrece una explicación de lo que esto significa ni de cómo la violación adquiere dicho sentido. Susan Brison nota que el trauma por violación “destruye la conexión vital entre el yo y el resto de la humanidad” (2003, p. 40), lo cual describe un elemento fundamental de la muerte social. A su vez, Catharine MacKinnon describe lo que conlleva la muerte social cuando aborda el uso de la violación en genocidios; cuando “el sexo es usado para destruir a un pueblo”, el sentido del acto conlleva la destrucción de “la idea y el sentido del grupo entre aquellos cuyas relaciones lo componen” (2006, p. 225). Sorprendentemente, MacKinnon pasa de la violación genocida a la violación cotidiana, afirmando que “lo que ocurre en los genocidios de manera rutinaria es vivido por mujeres en todos lados y todos los días por motivo de su sexo” (MacKinnon, 2006, p. 225). En otras palabras, la violación es la destrucción de las mujeres *como tales*. Mi trabajo pretende suplementar y extender el trabajo de estas pensadoras feministas, haciendo explícito el miedo a la muerte social que se halla en el centro de la violación y ofreciendo una explicación más detallada de lo que esto significa.

Mi trabajo también revela ciertos aspectos fundamentales respecto a la estructura *temporal* de la existencia de las mujeres en relación con el trauma sexual. En esta sección y en la posterior, me baso en el trabajo de Megan Burke. Burke describe su proyecto como uno que versa “no [...] acerca de los actos de violencia sexual o de la experiencia de las supervivientes de una agresión sexual o una violación”, sino sobre la dominación sexual en sentido más amplio y en cómo “a la existencia femenina se le niega una experiencia

del tiempo como una *gestalt* dinámica y abierta” (2019, p. 11). Mi trabajo aquí aborda explícita y directamente la experiencia de agresión sexual y sus secuelas. Sin embargo, la exploración de Burke acerca de “cómo los pasados colectivos e individuales constituyen las maneras en las que el género y el tiempo son vividos como herencia encarnada dentro y al servicio de la dominación sexual racializada” (2019, p. 11) sirve como marco implícito y explícito de lo que exploro en este artículo.

Respecto a la violación, la noción de muerte social incluye una serie de sentidos históricos que se le atribuyen al sexo heterosexual, en ocasiones cuando es consensual pero siempre cuando no lo es. Estos sentidos incluyen: *degradación, despojo, desecho y adquisición* (el establecimiento, refuerzo o renovación de la relación de propiedad)¹¹. En otras palabras, siguiendo a la historiadora Reva Siegel, el “sexo entre hombres y mujeres es parte de la semiótica del estatus entre hombres y mujeres”, por lo que la violación “está relacionada con la dignidad y tendrá consecuencias distributivas” (2004, p. 22).

Los actos de uso sexual y de violación sexual producen una condición generalizada de vergüenza que, en trabajos anteriores, he denominado estatus-vergüenza (Mann, 2018a). La vergüenza es generalizada cuando no está ligada a un evento o a una acción específica, sino que se expande para englobar toda la existencia de la persona. A su vez, este estatus abyecto eleva el estatus de quien tiene el poder de infligir muerte social a otros.

Para entender lo anterior, es necesario considerar ciertas historias específicas. La noción de “muerte social” ha sido utilizada en estudios históricos y étnicos para explicar el daño particular producido por la esclavitud (Patterson 1982/2018), el confinamiento solitario (Guenther, 2013), “la carencia racializada de derechos” (Cacho, 2012) y el genocidio (Card, 2003). A pesar de que estos estudios no se enfocan en la violación sexual, mi investigación requiere que atendamos a las maneras en las que diversas modalidades de injusticia histórica están imbricadas con la violación sexual y son llevadas a cabo (en parte) por ella. A continuación, quiero describir brevemente tres modalidades que son particularmente relevantes en el contexto en el que vivo y trabajo, los Estados Unidos: la conquista colonial y sus secuelas; la esclavitud y sus secuelas; y el empobrecimiento y sus secuelas. Estas modalidades de dominación han sido y siguen estando imbricadas con la subordinación ligada al género. Para llevar a cabo el análisis, debe reconocerse que la violencia sexual históricamente ha sido un elemento fundamental del genocidio, la esclavitud y la abyección por motivos de clase. No es posible comprender el legado viviente de la violación en el contexto estadounidense sin atender a dichas historias, puesto que influyen en e intensifican los sentidos de la violación de distintas maneras para diferentes mujeres, incluso a pesar de que han dejado un legado generalizado de muerte social que permanece como el “espectro” que “asedia” [*haunts*]¹² las experiencias contemporáneas de violación para quienes viven inmersos en las secuelas de dicha historia.

¹¹ Mientras que estos son los sentidos más prominentes, este listado no pretende ser exhaustivo.

¹² El verbo en inglés *haunt* remite tanto a lo espectral y/o a lo fantasmal como a su acecho persistente; por ejemplo, *a haunted house* es “una casa embrujada.” *Haunt*, además, remite a lo siniestro u ominoso [*unheimlich*] identificado por Freud. Considerando lo anterior e inspirándome en la audaz traducción del verbo francés *hanter* (del cual deriva *haunt* en inglés) elegida por José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti en *Espectros de Marx* de Jacques Derrida (1998, pp. 17-18), traduzco *haunt* como “asediar espectralmente” y adapto sus diversas conjugaciones respectivamente. [N. del T.]

En realidad, todos los que vivimos en Estados Unidos experimentamos las secuelas de esta historia, aunque lo hacemos de distintas maneras (es decir, partimos de distintos niveles de conciencia histórica o de ignorancia puesto que dichas historias nos posicionan en contextos variables de privilegio o desposesión). El sentido de la violación sexual siempre tiene lugar en la estela [*in the wake*]¹³ de estas historias, sin considerar quiénes sean los agentes particulares y qué sentidos específicos tenga la agresión particular. La violación es parte de la degradación de las mujeres en el contexto del sexismo, incluso entre hombres y mujeres de la misma raza y clase, pero su eficacia como herramienta para la degradación depende de y está imbricada con *el horizonte interpretativo completo* en el que tiene lugar y el cual engloba estas formas históricas de degradación. Por lo tanto, es importante considerar estas historias al tratar de dar cuenta de los sentidos que se le adjudican a la violación.

La esclavitud conlleva la muerte social de aquellos que están esclavizados. En su clásico estudio comparativo sobre la esclavitud, Orlando Patterson célebremente definió la muerte social como un estatus generalizado de deshonor que conlleva “un sentido de degradación inherente al hecho de que una persona no tiene existencia más que como una expresión de la existencia de otro” (1982/2018, p. 78). El “otro” aquí es el amo, cuya autoridad y estatus son preservados mediante el sometimiento del esclavo a un estado de muerte social. Como escribe Patterson, “lo universal en la relación amo/esclavo era el profundo sentido del honor generado por la experiencia de dominación” (1982/2018, p. 11); “el honor del amo aumentaba mediante la sujeción del esclavo” (1982/2018, p. 79).

La muerte social conlleva la destrucción de las relaciones significativas con otros. Hoy en día, el legado de la esclavitud permanece vivo en el encarcelamiento masivo de personas negras en los Estados Unidos (Alexander, 2010). En su exploración fenomenológica de la vida en prisión, Lisa Guenther describe lo que significa que los prisioneros sea privados de las relaciones con los otros que constituyen su mundo social y aborda el “sentimiento de muerte viviente” que experimentan cuando son sometidos a un confinamiento solitario (2013, p. xvii), es decir cuando están “muertos para el resto de la sociedad” (2013, p. xx). “Estar muerto socialmente”, escribe Guenther, “es estar depravado de la red de relaciones sociales [...] que de otra manera sustentan, protegen y dan sentido a la vida precaria de cada individuo”; es estar “privado de la formación de relaciones significativas, no sólo con otros en el tiempo presente, sino con el legado de otros en el pasado y con el legado del futuro más allá de la existencia propia, finita e individual” (Guenther, 2013, p. xxi).

La historia de la esclavitud siempre es también la historia de la violación sexual. “Para los amos esclavistas”, escribe Darlene Clark Hine, las mujeres negras eran “reproductoras esclavizadas y objetos sexuales vulnerables” (1994, p. 4) o, como lo articula Mc-Daniels-Wilson, eran “identificadas como un recurso para la explotación sexual en manos de una clase esclavista” (2013, p. 194). La violación sexual perpetrada por hombres blancos era un mecanismo para la abyección de las mujeres esclavizadas, para la destrucción

¹³ Este es el término usado por Christina Sharpe para describir “las formas en las que nuestras vidas individuales siempre están atrapadas en la estela de las sobrevividas de la esclavitud [*the afterlives of slavery*] y son producidas y determinadas por ellas, aunque no de manera absoluta” (2016, p. 8).

de los vínculos entre hombres negros y mujeres negras y para la creación de una relación entre madres e hijos que estaba en riesgo permanente de ser destruida por decisión del amo blanco. La violación sexual de mujeres negras esclavizadas también servía para destruir cualquier posible alianza entre los esclavos y “las esposas blancas en las plantaciones”, quienes “también carecían de poder ante la brutalidad de sus esposos” pero quienes podían ejercer poder en formas sumamente crueles en contra de “las esclavas abusadas” (Hine, 1994, p. 4). Una manera en la que el legado de la esclavitud sigue vivo en el presente es en la sospecha que genera la sexualidad de las mujeres negras (Hine, 1994, pp. 12-13). Dicho legado es reanimado entre personas blancas cuando una mujer negra vuelve pública una agresión sexual, mientras que para la víctima dichos ataques “remiten poderosamente a las primeras generaciones de mujeres y niñas africanas que fueron esclavizadas” (McDaniels-Wilson, 2013, p. 191), evocando afectivamente “la violencia, el trauma sexual, la explotación y la evidencia de reproducción forzada” (McDaniels-Wilson, 2013, p. 193), así como “el terror de ser separada de su familia” (McDaniels-Wilson, 2013, p. 194).

La esclavitud separa a la persona de su pasado, ya sea durante su vida o antes de ella; la separa de un tiempo anterior al establecimiento de un estatus generalizado de deshonor. La persona también es separada de un futuro en el que pudiera imaginar otro estatus tanto para sí misma como para su descendencia. Patterson denomina esto como “alienación natal” (1982/2018, p. 5), una “incapacidad para reclamar u otorgar derechos de nacimiento”, la cual está impregnada de un “temor a ser separado” de los seres queridos en el presente (1982/2018, p. 6).

Mientras que la teoría canónica del trauma desarrollada por feministas tematiza cómo es que la víctima es separada de su pasado, mi argumento es que la separación de un pasado *personal* es, en parte, el efecto de la reanimación de un pasado *histórico* que irrumpe para desplazar y reemplazarlo. En otras palabras, la “separación” del pasado que conlleva la muerte social es la *reanimación* de un pasado cuyas “separaciones” definieron y destruyeron a un pueblo cuya historia es clave para el legado en el que una persona se halla. Los legados vivientes son un campo minado de sentidos históricos.

Esto es lo que han argumentado los teóricos del trauma que estudian el legado del genocidio perpetrado en contra de los pueblos indígenas estadounidenses. Duran y Duran señalan que, para las comunidades indígenas de Estados Unidos, la separación “incluye tanto a familiares como a la Tierra, otra parienta cercana”, (1995, p. 31) y es llevada a cabo por medio de desplazamientos, genocidios y el secuestro y confinamiento de niños indígenas en internados. Lo anterior ha ocasionado lo que ellos han denominado el “trastorno de estrés postraumático intergeneracional” (1995, p. 30). De acuerdo a Brave Heart-Jordan y DeBruyn, cualquier intento por abordar los problemas actuales que enfrentan las comunidades indígenas estadounidenses debe partir del reconocimiento del trasfondo de “trauma histórico y el duelo subsecuente” que se relacionan a “las “separaciones” traumáticas producidas por la muerte, el internamiento, el alcoholismo y el desplazamiento de redes familiares extendidas” (1995, p. 359). Estas separaciones temporales son las que crean los puntos de presión entre el pasado, el presente y el futuro que permiten al pasado irrumpir en el presente y el futuro al asociarse con eventos traumáticos.

Las feministas que se enfocan principalmente en la historia y el legado viviente de la conquista colonial señalan que dicha historia está estructurada por la violación sexual, por lo que no puede entenderse independientemente de ella. En el contexto de Sudáfrica, Coetzee y du Toit han argumentado que “la inferiorización racial en la conquista colonial” se sostiene parcialmente a través de “la imposición de la vergüenza sexual y la deshumanización correspondiente” (2018, p. 216). En el ensayo “La violencia sexual como una herramienta genocida”, Andrea Smith afirma que, en el contexto estadounidense, la ideología de la conquista conlleva la determinación de que toda mujer del grupo degradado es *violable* (2007, p. 423). Smith señala que “debido a que la violencia sexual no es meramente una herramienta patriarcal sino que también es una herramienta colonial y racista, las comunidades de color en su totalidad son víctimas de violencia sexual”, por lo que “cuando una mujer indígena es abusada, dicho ataque está dirigido a su identidad como mujer y a su identidad como indígena” (Smith, 2007, p. 422). “El uso del sexo como arma para destruir a un pueblo,” parafraseando a MacKinnon (2006, p. 219), está tan profundamente arraigado en esta historia que cualquier caso de violación sexual sufrido por quienes viven inmersos en sus secuelas atraerá y reactivará esa historia en el presente. Debido a que, como señala Sarah Deer, “la violación fue un elemento fundamental en los intentos genocidas por destruir a las naciones indígenas” (2015, p. xvi) y ésta es una “historia de violencia que se remonta a siglos pasados” (2015, p. x), “las mujeres indígenas experimentan el trauma de una violación como una violencia perenne que atraviesa generaciones enteras” (2015, p. xi). La noción de “trauma histórico” permite condensar la volatilidad de la irrupción del pasado en el presente. Como explican Duran y Duran (1995, p. 6), los “efectos del genocidio sistemático pueden sentirse en la actualidad”. Dichos autores introducen los términos “herida del alma” [*soul wound*] (Duran y Duran, 1995, p. 10) y “trastorno de estrés postraumático intergeneracional” (Duran y Duran, 1995, p. 30) con el fin de nombrar la manera en la que el pasado irrumpe en el presente de los descendientes de la historia de la conquista colonial.

Otro sitio (que atraviesa y se sobrepone a los dos casos previamente discutidos) en donde podemos notar que la historia de los Estados Unidos es un campo minado por la violencia sexual es en la producción y reproducción de la estratificación social. Como afirma la historiadora Reva Siegel en “Una breve historia del acoso sexual” (2004, p. 16), “la historia social, la estructura social y el sentido de la práctica del acoso sexual” (2004, p. 16) son parte de “la economía política de la heterosexualidad” (2004, p. 6). En esta economía, “el sexo entre hombres y mujeres es parte de la *semiótica del estatus* entre hombres y mujeres” porque está saturado por una historia en la que “las mujeres [...] han sido forzadas a ofrecer servicios sexuales a cambio de supervivencia material” (MacKinnon, 1979, citada en Siegel, 2004, p. 9).

Mientras que el análisis de Siegel se enfoca en cómo la dependencia económica genera vulnerabilidad sexual (2004, p. 6) y en cómo dicha vulnerabilidad es la condición necesaria para una práctica social tan añeja y generalizada como el acoso sexual (2004, p. 1), es importante notar cómo la violación sexual genera, refuerza o reproduce un estatus económico degradado no sólo entre clases sociales, sino también entre hombres y

mujeres de la “misma” clase. La “semiótica del estatus” que opera en la violación sexual produce y es un recordatorio vivo de *quién le debe qué a quién*, lo cual incluye los tipos de trabajo no remunerado que deben realizar las mujeres para beneficio de los hombres en el contexto heterosexual.

Para resumir los sentidos que circulan con relación a estas tres líneas históricas (la esclavitud, la colonización y el empobrecimiento), podemos utilizar estas categorías generales: *degradación, despojo, desecho y adquisición*. Estos son los sentidos que infunden y saturan a la violación sexual y al uso sexual en un mundo heterosexualizado que ha sido edificado sobre estas historias, por lo que la muerte social es anticipada en actos de violencia sexual.

La “degradación” nombra el aspecto de la violación que siempre, y en un sentido inmediato, conlleva la imposición del estatus jerárquico en sí mismo –en donde la degradación del estatus de la víctima produce, al mismo tiempo y en el mismo acto, el estatus elevado del violador como *soberano*–. Patterson afirma que, en el contexto de la esclavitud, es importante para el amo demostrar que es “capaz de ejercer impunemente el poder absoluto” sobre la persona abyecta (1982/2018, p. 1). Esta demostración de soberanía es tanto la afirmación como la imposición de la diferencia de estatus entre las partes. En ocasiones, esta demostración de soberanía opera como castigo a una mujer por ser “engreída” o “arrogante”, por ser “una perra” o por estar fuera del “lugar” que le corresponde –en ese sentido, es un acto que *restaura* un estatus jerárquico que se ve perturbado o amenazado–. El sentido de la degradación es evidente cuando, por ejemplo, una mujer violada es considerada “una puta” mientras que el violador es considerado un “donjuán” o un “ligador”. Asimismo, lo anterior revela que la línea que separa la violación del sexo heterosexual consensual, cuando éste último es entendido por el hombre, por su grupo de amigos o por la comunidad en general como un acto de degradación/elevación, se desdibuja.

El “despojo” es una violación ejercida como una práctica de destrucción, especialmente en contextos en los que el estatus de las mujeres está relacionado a nociones de pureza o al honor de los hombres de la familia, o cuando se considera que la víctima de violación posee un estatus elevado que debe destruirse. Este es un uso de la violación que busca destituir a alguien de un estatus elevado, aun cuando éste sea afirmado culturalmente. El sentido de la violación como despojo es reanimado cuando las mujeres socialmente catalogadas como vírgenes son seleccionadas intencionalmente para ser violadas. El “desecho” denomina un sentido estrechamente relacionado con el despojo y se refiere a la violación cuya víctima termina siendo considerada, por sí misma o por su comunidad, como basura o como desperdicio y que tiene como consecuencia lógica la expulsión de la mujer del mundo de vida en el que habita. Estos dos sentidos están tan íntimamente interrelacionados que sólo pueden ser separados analíticamente. El despojo es el sentido del acto en sí mismo; el desecho es lo que le sigue como consecuencia. Sin embargo, en algunos casos, el estatus de la víctima es considerado como tan bajo que el despojo es innecesario y la violación en sí misma es el acto de desecho (por ejemplo, en casos de violación o violación-asesinato de trabajadoras sexuales o mujeres trans).

La noción de “adquisición” nombra la relación de la violación con el establecimiento o la reafirmación del estatus de la víctima como propiedad y del estatus del violador como su dueño. Este sentido (entre otros) está presente cuando la violación forma parte de los procesos mediante los cuales se esclaviza a un pueblo. Sin embargo, este sentido también está presente en el matrimonio tradicional (aunque con consecuencias sumamente distintas respecto al estatus y a la dignidad conferida a cada una de las partes). En el matrimonio, los sentidos de la violación sexual y el sexo heterosexual consensual se superponen y desdibujan. Mientras que, en relación con ciertas instituciones sociales como la esclavitud y el matrimonio, el sexo comúnmente implica adquisición, éste también implica una violación de dichas instituciones cuando el sexo o la violación son interpretados como actos de robo; es decir, como violaciones de las relaciones de propiedad institucionalmente establecidas entre los hombres.

En la mayoría de los casos, estos sentidos se superponen y entrecruzan. Dichos sentidos son analíticamente separables, aunque no lo sean necesariamente en la práctica, y todos ellos anticipan, si no es que inmediatamente imponen, la muerte social. La manera en la que estos sentidos estarán presentes en una experiencia de violación particular dependerá del lugar en el que la persona violada se encuentre en relación con el violador y en dónde se encuentren ambos respecto a las historias y a los legados que he analizado previamente. Es importante enfatizar que dicha relación no es lineal necesariamente; es decir, que no siempre será posible predecir cómo y en relación con quién ciertos sentidos particulares serán reanimados. Por otro lado, en algunas ocasiones será sumamente predecible y la reanimación de cierto sentido histórico puede influir conscientemente en el propósito de la violación. La relación entre la experiencia vivida y los sentidos históricos generalmente es muy complicada, incluso opaca, aunque en ocasiones es devastadoramente clara.

Lo que es evidente es que el pasado habita en el presente como el *espectro* de la muerte social. El pasado no permanece en el pasado sino que irrumpe en el presente y el presente se dirige hacia un futuro que ya se halla poseído por el pasado. Todo esto apunta a la necesidad de elucidar la *temporalidad* que subyace a la amenaza latente de muerte social que está presente en las secuelas de la violación cotidiana.

6. Tiempo

La amenaza de ser violada opera eficazmente como fuerza disciplinaria [...] debido a su estructura temporal: la espectralidad [...]. La existencia femenina es una existencia generalizada que se ve asediada espectralmente por la violación (Burke, 2019, pp. 105-106).

En este contexto, la *temporalidad* se refiere a la manera en la que el tiempo es *vivido*. Los fenomenólogos distinguen entre el tiempo que puede ser medido, o el “tiempo del reloj” (en ocasiones llamado “tiempo objetivo”), y el tiempo en tanto es experimentado –por ejemplo, el mismo monto de tiempo del reloj u objetivo puede ser experimentado como sumamente rápido o como insoportablemente lento, dependiendo de las circunstancias

en las que se le viva-. El *tiempo vivido* se refiere a la conciencia encarnada que tengo de estar *en* el tiempo, sin que yo haya reflexionado sobre ello explícitamente o lo haya comprendido cognitivamente. El “tiempo vivido” es una noción densa [*thick*] que engloba simultáneamente mi experiencia del tiempo momento a momento, mi relación vivida con mi propio pasado y futuro, así como mi relación vivida con las historias y los futuros que se extienden más allá de mi vida personal. El tiempo vivido no está sujeto a la linealidad como el tiempo del reloj –es común que el pasado, el presente y el futuro se entrelacen o incluso se fusionen en fenómenos como la anticipación o el remordimiento-. La temporalidad está tan imbricada con la existencia misma que en ocasiones se considera que ambas son coextensivas.

Debido a que me enfocaré en la violación cotidiana, examinaré la *anticipación o el miedo a la muerte social*. El miedo es prospectivo. Incluso si los sentidos complejos que lo detonan han sido forjados en el pasado y se ven renovados en el presente, la temporalidad del miedo apunta hacia el porvenir. El miedo es *afectivo*, no cognitivo; es fundamentalmente estético y visceral; en algunos casos es completamente imposible reconocerlo conscientemente o articularlo explícitamente, mientras que en otros casos no lo es. La anticipación que produce el miedo mortal que, a su vez, detona la respuesta de congelamiento a nivel fisiológico y el silencio a nivel social, no requiere verse cumplida para causar dichos efectos. Una manera más técnica de formular lo anterior (de nuevo, siguiendo a Burke) conlleva afirmar que pretendo dilucidar el miedo a la muerte social como *una estructura temporal generizada de la vida prerreflexiva*. Sin embargo, este miedo prospectivo se alimenta del pasado en el que se funda. Dicho miedo anticipa lo que ya ha ocurrido en el pasado. El sentido de la violación como muerte social que ha sido establecido en el pasado opera en el presente como un legado viviente que se *anticipa* en el evento de violación. Dicho sentido histórico estructura la anticipación visceral de la víctima sobre lo que viene después. En otras palabras, el pasado irrumpe para ocupar el futuro, para clausurarlo, para convertirlo en aquello que ya ha sucedido.

Podríamos decir que la violación es “asediada espectralmente” [*haunted*] por el pasado y es posible definir el “asedio espectral” [*haunting*], siguiendo a Avery Gordon, como “una de las maneras en la que los sistemas abusivos de poder se presentan y se hacen sentir en la vida cotidiana, especialmente cuando aparentemente ya han sido superados o eliminados (por ejemplo, en el caso de la esclavitud) o cuando su naturaleza opresiva es denegada (por ejemplo, en casos de trabajo no remunerado o de seguridad nacional)” (1997, p. xvi). Estos sentidos históricos se renuevan a sí mismos *a través* de la práctica social contemporánea de violación, creando un “estado activo en el cual la violencia social reprimida o no resuelta se hace notar, en ocasiones de manera muy directa y en ocasiones oblicuamente” (Gordon, 1997, p. xvi). Retomando la famosa frase de Raymond Williams, Gordon denomina dicho “asedio espectral” como una “estructura del sentir” que “no necesita “esperar una definición, una clasificación o una racionalización antes de ejercer presiones palpables”” (1997, p. 201)¹⁴.

¹⁴ Sigo la traducción de *structure of feeling* elegida por Guillermo David en su traducción del libro *Marxismo y literatura* de Raymond Williams (2009), del cual proviene el término y la cita retomada por Gordon [N. del T.].

Los teóricos y filósofos del trauma han sugerido que la estructura temporal de la experiencia, e incluso la temporalidad del *sujeto* de la experiencia, es reconfigurada por eventos traumáticos. La relación del pasado, el presente y el futuro desarticula su linealidad narrativa y hace que éstos se revuelvan (Brison, 2003, p. 444). Sin embargo, la teoría canónica del trauma no ha notado la relación que existe entre esta desarticulación de la línea narrativa de la experiencia individual y la reanimación de ciertos sentidos históricos.

Con el fin de explicitar dicha relación, consideraré más a fondo la noción del tiempo que ha sido desarrollada por Megan Burke, como señalé anteriormente, y por Jennifer McWeeny. Tanto Burke como McWeeny retoman la explicación que da Merleau-Ponty sobre el concepto de “anonimidad”. McWeeny argumenta que “el cuerpo lleva en su subjetividad un estrato de “anonimidad”, de todos los sentidos que han sido vividos por otros y que, por lo tanto, configuran los contornos del mundo presente” (2017, pp. 248-249). Burke lo articula de la siguiente manera: “La anonimidad es un pasado generativo que configura el presente pero permanece invisible”, y afirma que “la presencia de un sujeto está vinculada a y es generada por una temporalidad que no puede ser percibida conscientemente” (2019, p. 98). Esto implica que la historia existe *en el cuerpo*, por lo que el sujeto es histórico no sólo en tanto existe en el flujo de la historia, sino en que la historia corre a través del sujeto de manera que “elude la percepción directa” (Burke, 2019, p. 99; véase también McWeeny, 2017, pp. 250-252).

La lectura radical que hace McWeeny (2017) del recuento que da Simone de Beauvoir sobre la iniciación heterosexual sugiere que la estructura prerreflexiva de la subjetividad misma se ve alterada por “sentidos sociales anónimos” que se adhieren al sexo heterosexual y que propician rupturas en la temporalidad vivida del sujeto-niña. Por su parte, Burke desarrolla la noción clínica de la experiencia traumática y afirma que ésta “destruye o amenaza las estructuras del mundo que le dan sentido a la vida y que garantizan la integridad existencial y física del sujeto” (2019, p. 118). Además, Burke afirma que la existencia femenina en sí misma está asediada espectralmente por el miedo a la violación sexual.

Por un lado, estamos hablando de un rasgo general de la existencia humana. La “historicidad” de un sujeto conlleva la estructura temporal de la relación entre el sujeto y el mundo que posibilita la existencia cotidiana. Por otro lado, estamos hablando de un rasgo específico y diferenciado de la existencia humana de ciertos grupos particulares. Cuando las feministas adoptan y rearticulan las ideas de Merleau-Ponty, reconocen que “los sujetos encarnan temporalidades ideológicas generizadas” (Burke, 2019, p. 98) que repercuten no sólo en “el contenido de la consciencia, sino también [...] en su estructura prerreflexiva” (McWeeny, 2017, p. 265). Dicho de otro modo, la versión feminista de la anonimidad debe reconocer que “la estructura de la subjetividad” varía históricamente (McWeeny, 2017, p. 266). Sin embargo, como nota Burke, a pesar de su variabilidad, la subjetividad es experimentada como “recalcitrante”, como “difícil de interrumpir” (2019, p. 133), y es “vivida como pesadez” (2019, p. 142).

Burke nos proporciona una formulación de la naturaleza prospectiva del *miedo* a la violación sexual: “La espectralidad se refiere a la manera en la que el presente está determinado por [...] aquello que no está ahí todavía, por aquello que puede aparecer en

cualquier momento” (2019, p. 107). El espectro de la violación como aquello que puede ocurrir en cualquier momento asedia la existencia de las mujeres, “produciendo un miedo existencial profundo” (Burke, 2019, p. 112) y generando “prácticas de vigilancia” entre mujeres y niñas (Burke, 2019, p. 133).

Sin embargo, para muchas de nosotras, la violación ya ha ocurrido. Es evidente que siempre podría ocurrir de nuevo –yo misma, como tantas otras mujeres, he experimentado formas menos severas de violación sexual a lo largo de mi vida–, pero tengo que decir que mi propia relación con la violación sexual no es primordialmente *anticipatoria* –algo que logré en mi juventud gracias a las artes marciales y a entrenamientos de autodefensa y que se ha solidificado con la edad–. Ahora bien, me parece que la “promesa residual de la no-existencia que se halla en el corazón del ser de cada mujer [...]” que ha sido identificada por Burke y que “dicta que su futuro puede ser imposible” (2019, p. 117) es algo que permanece por mucho tiempo después de que la violación ha tenido lugar. Pienso que esto es lo que explica el compromiso a un nivel visceral y de vida o muerte con *el silencio* que es asumido por tantas mujeres tras haber sido violadas sexualmente.

7. Silencio

El miedo suscitado por una violación cotidiana, ¿es un miedo a qué? ¿Por qué una violación cotidiana, carente de violencia letal, evocaría el tipo de miedo que, para los humanos y otros animales, aparece cuando la muerte física es inminente? ¿De qué manera el miedo que se experimenta en una violación cotidiana es arrastrado hacia el futuro, ocasionando un silencio que puede durar décadas? Todas estas preguntas son preguntas sobre el tiempo.

Las diversas formas en las que las feministas han explicado la “anonimidad” nos dan la pauta para pensar cómo el pasado irrumpe en el presente a través de la violación sexual. Si la violación conlleva degradación, despojo, desecho o posesión en el arco de la historia en la que una vive; si estos sentidos son portados en el cuerpo de manera invisible, intangible y apenas percibible en la cotidianidad; si los momentos traumáticos reaniman estos sentidos como el espectro de la muerte social, entonces el miedo a la muerte social debe ser tan significativo, en una vida humana, que es capaz de generar respuestas fisiológicas de vida o muerte. La inmovilidad tónica que experimentan tantas mujeres, incluso durante una violación cotidiana, debe ser la respuesta prerreflexiva, visceralmente vivida y fisiológica al miedo a la aniquilación que conlleva la muerte social y que es reanimada en el cuerpo histórico. Aunque la muerte social no sea la consecuencia inmediata de una violación, el miedo a ella persiste después de la violación como una posibilidad anticipada aunque, por el momento, se halle suspendida.

En mi caso particular, al escribir estas líneas, estoy agradecida con la versión joven de mí misma por haber tenido el buen tino y el instinto de autopreservación que tuvo como resultado un silencio que duró varias décadas. Hoy tengo la certeza consciente, como antes tenía la certeza visceral e irreflexiva, de que hacer pública la historia de mi vio-

lación hubiera conllevado la aniquilación implicada por la muerte social –o, como mínimo, hubiera implicado una lucha mucho más prolongada y traumatizante por la preservación de mi vida social–.

El silencio es la única arma con la que yo contaba en ese momento para defenderme de la intensa vergüenza y el horror que apuntaban a la posibilidad de que la muerte social destruyera el sentido de la vida que yo deseaba. Debido a que no permití que el evento de mi violación sexual apareciera de forma alguna en mi mundo, fui capaz de proteger el sentido de esa vida a la que aspiraba. Guardar silencio acerca de mi violación me permitió actualizar dichos sentidos y el silencio fue lo que los fundamentó –aun cuando yo los vivía de manera pública–. Como en ese entonces, el silencio fue lo que permitió que apareciera una voz capaz de enunciar algo distinto, de abordar otras cosas y de enfocarse en otros asuntos. El silencio no fue algo pasivo, sino el impedimento activo del advenimiento de un sentido concluyente y envuelto en una hostilidad letal que amenazaba mi supervivencia.

Este argumento está inspirado en y tiene resonancias con el trabajo de Martina Ferrari sobre lo que ha denominado como el *silencio profundo*. Ferrari sostiene que, en ocasiones, “los silencios [...] son despojados de su complejidad y de su ambigüedad” y sugiere que debemos evitar “leerlos como instancias de autocomplacencia y sumisión” (2020, p. 124). Ferrari afirma que comúnmente respondemos al silencio de una manera que “priva a los silencios profundos de su calado y su complejidad y que los aplanan para convertirlos en un fenómeno unidimensional que indica una mera ausencia ontológica” (Ferrari, 2020, p. 125). Si queremos ser capaces de responder a los silencios de las mujeres que han sido víctimas de una agresión sexual no como síntomas de un daño irreparable sino como un mecanismo para defender los sentidos de la vida que ellas desean para sí mismas, entonces tenemos que investigar más a fondo y comprender la relación entre la violación y la muerte social.

8. Resumen final

Hay una clara distinción entre los eventos de depredación, como el ataque de la comadreja que puso a mis patos al borde de la muerte, y lo que he denominado “violación cotidiana”. Sin embargo, la distancia entre estos dos tipos de eventos se acorta cuando entendemos el calado existencial y el poder que tiene la amenaza de muerte social en la vida humana. La distancia también se acorta cuando consideramos cómo es que la temporalidad prerreflexiva generizada se constituye históricamente para dar lugar a la irrupción del pasado en el presente y cuando nos enfocamos en cómo dicho pasado ocupa y clausura el futuro en momentos cruciales relacionados a experiencias de degradación, despojo, desecho o adquisición. Estos sentidos son renovados y reanimados a través de la violación sexual. Al comprender que el miedo a la violación y el miedo que persiste después de una violación son expresiones del miedo a la muerte social más que a la muerte física, podemos explicar por qué las respuestas fisiológicas relacionadas con la muerte inminente son una dimensión tan frecuente en la violación cotidiana y por qué es tan común que un silencio de varias décadas sea la consecuencia de dicho evento traumático para tantas mujeres.

9. Bibliografía

- Alexander, Michelle. (2010). *The New Jim Crow*. The New Press.
- Astor, Maggie. (2018, septiembre 27). GoFundMe Campaign for Christine Blasey Ford Takes off After Testimony. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2018/09/27/us/politics/blasey-ford-gofundme-kavanaugh-.html>
- Brave Heart-Jordan, Maria y DeBruyn, Lemyra. (1995). So she may walk in balance: Integrating the impact of historical trauma in the treatment of Native American Indian women. En Jeanne Adleman y Gloria Enguíanos (eds.), *Racism in the lives of women: Testimony, theory, and guides to anti-racist practice* (pp. 345-368). Haworth Press.
- Brison, Susan. (2003). *Aftermath: Violence and the Remaking of the Self*. Princeton University Press.
- Brison, Susan. (2014, diciembre 1). Why I Spoke Out About One Rape but Stayed Silent About Another. *Time*. <https://time.com/3612283/why-i-spoke-out-about-onerape-but-stayed-silent-about-another/>.
- Burke, Megan. (2019). *When Time Warps: The Lived Experience of Gender, Race and Sexual Violence*. University of Minnesota Press.
- Cacho, Lisa Marie. (2012). *Social Death: Racialized Rightlessness and the Criminalization of the Unprotected*. New York University Press.
- Card, Claudia. (2003). Genocide and Social Death. *Hypatia: A Journal of Feminist Philosophy*, 18(1), 63-79.
- Coetzee, Azille y du Troit, Louise. (2018). Facing the Sexual Demon of Colonial Power: Decolonising Sexual Violence in South Africa. *European Journal of Women's Studies*, 25(2), 214-227.
- Deer, Sarah. (2015). *Confronting Sexual Violence in Native America*. University of Minnesota Press.
- Derrida, Jacques. (1998). *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional* (José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, trads.). Editorial Trotta.
- Dewan, Shaila. (2018, septiembre 18). Why Women Can Take Years to Come Forward with Sexual Assault Allegations. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2018/09/18/us/kavanaugh-christine-blasey-ford.html>.
- Duran, Eduardo y Duran, Bonnie. (1995). *Native American Post-Colonial Psychology*. State University of New York Press.
- Ferrari, Martina. (2020). Questions of Silence: On the Emancipatory Limits of Voice and the Coloniality of Silence. *Hypatia: A Journal of Feminist Philosophy*, 35(1), 123-142.
- Gajanan, Mahita. (2018, septiembre 21). Trump Attacked Brett Kavanaugh's Accuser. Now People are Revealing #WhyIDidntReport. *Time*. <https://time.com/5403523/trump-ford-tweet-sexual-assault/>.
- Gordon, Avery. (1997). *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*. The University of Minnesota Press.
- Greer, Germaine. (2018). *On Rape*. Bloomsbury Publishing.

- Guenther, Lisa. (2013). *Solitary Confinement: Social Death and Its Afterlives*. The University of Minnesota Press.
- Hine, Darlene Clark. (1994). *Hine Sight: Black Women and The Re-construction of American History*. Indiana University Press.
- Hopper, James. (2015, junio 23). Why Many Rape Victims Don't Fight or Yell. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/news/grade-point/wp/2015/06/23/why-many-rape-victims-dont-fight-or-yell/>.
- MacDermott, Devon. (2018, mayo 3). Why Women Freeze During Sexual Assault: Neurobiology Explains Why Many Women Can't Just "Tell Him to Stop". *Psychology Today*. <https://www.psychologytoday.com/us/blog/modern-trauma/201805/whywomen-freeze-during-sexual-assault>.
- MacKinnon, Catharine. (1979). *Sexual Harassment of Working Women: A Case of Sex Discrimination*. Yale University Press.
- MacKinnon, Catharine. (2006). *Are Women Human? And Other International Dialogues*. The Bellknap Press of Harvard University Press.
- Mann, Bonnie. (2014). *Sovereign Masculinity: Gender Lessons from the War on Terror*. Oxford University Press.
- Mann, Bonnie. (2018a). Femininity, Shame and Redemption. *Hypatia: A Journal of Feminist Philosophy*, 33(3), 402-417. <https://doi.org/10.1111/hypa.12432>.
- Mann, Bonnie. (2018b). The Difference of Feminist Phenomenology: The Case of Shame. *PUNCTA: Journal of Critical Phenomenology* 1(1), 41-73. <https://doi.org/10.31608/PJCP.v1i1.4>.
- Mann, Bonnie. (2018c, octubre 3). Trump's New Taunt, Kavanaugh's Defense and How Misogyny Rules. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2018/10/03/opinion/kavanaugh-misogyny-epistemic-worlds.html>
- Marx, Brian, Forsyth, John y Lexington, Jennifer. (2008). Tonic Immobility as an Evolved Predator Defense: Implications for Sexual Assault Survivors. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 15(1), 74-90.
- McDaniels-Wilson, Cathy. (2013). The Psychological Aftereffects of Racialized Sexual Violence. En Mary E. Frederickson y Delores M Walters (eds.), *Gendered Resistance: Women, Slavery, and the Legacy of Margaret Garner* (pp. 191-205). University of Illinois Press.
- McWeeny, Jennifer. (2017). The Second Sex of Consciousness: A New Temporality and Ontology for Beauvoir's "Becoming a Woman". En Bonnie Mann y Martina Ferrari (eds.), *'On ne naît pas femme; on le devient. . .': The Life of a Sentence* (pp. 231-271). Oxford University Press.
- Möller, Anna, Söndergaard, Hans Peter y Helström, Lotti. (2017). Tonic Immobility During Sexual Assault - A Common Reaction Predicting Post-Traumatic Stress Disorder and Severe Depression. *Acta Obstetrica Gynecologica Scandinavica*, 96, 932-938.
- North, Anna. (2018, octubre 7). Christine Ford's Story Isn't Over. *Vox*. <https://www.vox.com/2018/10/7/17940822/brett-kavanaugh-senate-vote-christine-ford>.
- Patterson, Orlando. (1982/2018). *Slavery and Social Death: A Comparative Study*. Harvard University Press.

- Polanco, Lady Andrea y Vargas-Irwin, Cristina. (2011). Adquisición de la respuesta de congelamiento en ratas: diferencias sexuales en adolescentes y adultos. *Suma Psicológica* 18(2), 127-137.
- Roelofs, Karin. (2017). Freeze for Action: Neurobiological Mechanisms in Animal and Human Freezing. *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 372, 1-10.
- Scott, Dylan. (2018, septiembre 27). The Seven Most Important Moments from Christine Blasey Ford's Testimony. *Vox*. <https://www.vox.com/policy-and-politics/2018/9/27/17910214/christine-blasey-ford-senate-testimony-brett-kavanaugh-hearing>.
- Segato, Rita Laura. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Sharpe, Christina. (2016). *In the Wake: On Blackness and Being*. Duke University Press.
- Siegel, Reva. (2004). A Short History of Sexual Harassment. En Catharine A. MacKinnon y Reva Siegel (eds.), *Directions in Sexual Harassment Law* (pp. 1-39). Yale University Press.
- Smith, Andrea. (2007). Sexual Violence as a Tool of Genocide. En Alison Bailey y Chris Cuomo (eds.), *The Feminist Philosophy Reader* (pp. 421-439). McGraw Hill.
- Sweetland Edwards, Haley. (2018, octubre 4). How Christine Blasey Ford's Testimony Changed America. *Time*. <https://time.com/5415027/christine-blaseyford-testimony/>.
- Van der Kolk, Bessel A. (2014). *The Body Keeps the Score: Brain, Mind and Body in the Healing of Trauma*. Penguin Press.
- Williams, Raymond. (2009). *Marxismo y literatura* (Guillermo David, trad.). Editorial Las cuarenta.
- Winkler, Cathy. (1991). Rape as Social Murder. *Anthropology Today*, 7(3), 12-14.